

# LA NOCHE PUDO PASEAR SUBLIME

El tiempo verbal del verso que titula este comentario ofrece una de las claves de la poesía de Marcelo Mendoza. "Pudo", un pretérito que indica una realidad clausurada en el pasado, una posibilidad real que tuvo la noche de acaecer ("pasear") en lo sublime, pero, como lo confirman los versos posteriores, acaece en lo "no sublime". Este contraste es el eje de un estupendo poema llamado "el coito pudo ser perfecto".

Una de las interpretaciones que ofrece —que podría ser válida, nada más— este poemario es mostrar y recordar de qué modo aquellas escenas que, por convención, imaginamos que pueden ocurrir en una atmósfera y circunstancias que parecen pertenecerle de manera más propicia —su ornamento exquisito y elegante— se despliegan en un contexto poco favorable a su dignidad, algo ramplón, tosco, basto, grosero, pero abrumadoramente real.

Esta poesía —el libro entero— pareciera machacarnos la irrealidad de lo sublime, sobre todo en aquellos asuntos en los que cierta poesía acostumbra a colocarlo. Esos asuntos son el amor, el sexo, la muerte, el poder y sus enfermedades. Entonces **A otra cosa mariposa**, de refilón, también es un libro que se enfrenta risueñamente —porque no puede ser sublime al desprenderse de lo sublime— a una poesía que respecto a esos temas suele caer en la tentación



**A OTRA COSA MARIPOSA**  
Marcelo Mendoza  
Pequeño Dios editores,  
103 páginas, \$10.000.  
**POESÍA**

de lo grave, lo pomposo, lo sentimentaloides, lo suntuario y lo panfletario. Esa tentación, a veces, es una pequeña mancha, un verso o una parte de un verso o, incluso, una palabra tan solo, como si lo sublime estuviese agazapado listo para saltar hacia el verso en el momento menos pensado. Esta presencia pertinaz mueve a reflexionar acerca de cierta inclinación reincidente de la poesía —y acaso de la literatura— chilena a abrazar, aunque sea por un instante, esta manera de aproximarse a lo real. Lo sorprendente de este poemario es, al revés, que el lector percibe que la naturaleza de lo sublime —una categoría poética muy importante— es a menudo traicionada por la "gravedad", que es un peso que cae, que vuelca el ánimo hacia abajo y no, al contrario, eleva, va desde abajo hacia arriba.

Las tácticas que emplea Mendoza para apartar su poesía de esta melosidad pegajosa son múltiples, pero todas envuelven una disrupción, un quiebre, un desplazamiento, una sorpresa, un desorden ubicado con precisión en el centro de la convención poética. Desde luego, para empezar, el libro se halla "ilustrado" por unos "monitos", algo pueriles, picarones, cómicos, pero que no

corresponden, en absoluto, al tipo de gráfica que suele acompañar a un libro de poesía; parece que estuviera riéndose de ella y del lector seriote que dice "no sé qué cosa hacen estos dibujitos aquí". Otro ejemplo es el primer poema, en el que Mendoza juega con la tipografía y la ubicación del verso en la página, un ejercicio tan infalible en buena parte de la poesía que se escribe hoy. El juego acá es un juego, no tiene mayor sentido, es como un picoteo echado al azar, una parodia, que

no vuelve a ocupar otra vez, siendo que, es de rigor, que una poesía que empieza así sigue así hasta el final. El tema de la "mariposa" se empieza a desplegar: un juego ligero, alado, sin rumbo aparente,

volátil, inconstante.

Si se pudiera resumir de algún modo esa multiplicidad de recursos, habría que decir, simplemente, que se trata de una poesía con sentido del humor. Este humor vela la oscuridad, la desazón, la frustración, el dolor, la euforia, revistiéndola con una tela que a veces es irónica, sarcástica, chistosa, bromista, grosera o absurda (como el *nonsense*). Un ejemplo de este último es "una mujer difícil", en que los versos parecen ser unos punteros del reloj que indican distintas

horas y el lector cae en la trampa de tratar de encontrarle algún sentido en relación con un título que promete un relato concreto. En otros poemas los versos van seguidos de un coro —un elemento tomado de la tragedia griega— que suele corear, a contrapelo de su origen, estribillos como "tengo tengo tengo / tú no tienes nada".

Otra forma de mirar este "sentido del humor", la mariposa que va y viene, sin ponerse grave, es desde la óptica de la trasgresión, pero siempre una trasgresión juguetona, lúdica, chancera. Quizás el manifiesto de este talante esté resumido en el poema "nosotros los anarcas", cuyos versos finales declaran: "nosotros los anarcas / nunca estaremos contentos / del todo / pero podemos sonreír / por nada".

Una virtud más de este valioso poemario es el cuidado por el ritmo, sin el cual, prácticamente, no hay poesía. Así, usando aliteraciones concentradas, pausas breves de quietud y cambios de métrica, Mendoza introduce una cadencia, una musicalidad que posee cierta analogía con el revoloteo impredecible de la mariposa, revoloteo que, a pesar de su inconstancia, tiene su ritmo.